

La crisis y las relaciones Estados Unidos-América Latina

Arturo Bonilla S.*

El tratamiento de las relaciones entre EU y América Latina puede y debe abordarse desde múltiples perspectivas y niveles de análisis, máxime si tomamos en cuenta su importancia y el carácter altamente complejo y cambiante de dichas relaciones, así como el marco en que las mismas se desenvuelven.

El propósito que perseguimos en estas líneas es el de proponer un análisis de la crisis actual que afecta al capitalismo latinoamericano visto en sus relaciones con el de los EE.UU. Como se podrá advertir de entrada, se trata de abordar sólo un aspecto —el de la crisis actual— de ese complejo de relaciones, dejando de lado, por supuesto, muchos otros puntos de las relaciones entre EU y América Latina. Aún el tratamiento de las relaciones de esos países desde el ángulo de la crisis —pése a referirse a sólo este aspecto— requeriría de un amplio y vasto tratamiento. En las líneas que siguen sólo avanzaremos en plantear ideas globales que seguramente requerirán de un tratamiento exhaustivo, sin embargo, creemos que vale la pena señalar lo que en verdad es un fascinante campo de análisis.

Tres son las razones principales que en este modesto trabajo nos impulsan a seleccionar la crisis como aspecto importante y tal vez rector actual de ese juego de rela-

ciones: a) Por un lado han predominado los estudios respecto a las relaciones políticas entre EU y América Latina. b) Por otro lado, también en forma abundante sobre todo desde la década de los 50, se han estudiado más sistemáticamente las relaciones económicas, flujos comerciales y financieros entre ambas regiones del continente americano y c) el hecho de que menor atención se la ha dedicado al análisis de la presente crisis, como fenómeno decisivo en la determinación de esas relaciones tanto en sus aspectos económicos como en los políticos.

En una perspectiva histórica las relaciones de Estados Unidos con América Latina han pasado por varias etapas: desde aquéllas del siglo pasado en que el elemento dominante de dichas relaciones estuvo signado por el interés abierto y descarado en varios gobiernos de Estados Unidos por anexarse territorios, caso de México en 1847 en que perdió unos dos millones de kilómetros cuadrados, de Puerto Rico y Panamá, se pasó a otra etapa en que más que dichos gobiernos tuvieran interés por anexionarse territorios, su objetivo se modificó —yuxtaponiéndose al primero— por imponer un status político y económico favorable a sus intereses en diversos países sobre todo de Centroamérica y el Caribe: intervenciones militares en Nicaragua, Haití, República Dominicana y aún en México en la segunda década del actual siglo.

Una siguiente etapa, y sin que desaparezcan las formas previas, que caracterizan las relaciones entre EU y América Latina estuvo en gran medida determinada por el propio desenvolvimiento del capitalismo en Latinoamérica, en donde el criterio rector de los gobiernos norteamericanos estuvo en buena medida determinado por lograr que el capital de los EE.UU. fuera beneficiario del proceso de reproducción del capital que en América Latina se presentaba al calor de la política de protección, subsidiamiento y en general apoyo de sus respectivos Estados, que recibía el capital latinoamericano y cuyo desideratum era obtener un status de países industrializados.

Ya desde antes pero sobre todo a partir de la administración Reagan, creemos nosotros, se ha configurado una nueva fase en las relaciones entre Estados Unidos y América Latina, que yuxtaponiéndose a las anteriores le da un sesgo distintivo con relación a las otras etapas. Ese sesgo en las relaciones está determinado por la crisis, como más adelante lo trataremos de explicar. Antes de pasar a esta importante cuestión, vale la pena hacer un breve repaso teórico-histórico de la naturaleza de las crisis.

La función de la crisis en el ciclo económico.

Antes de desarrollar este apartado es conveniente advertir que la crisis actual tiene una complejidad

* Exdirector del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM.

mucho mayor que el mero tratamiento del fenómeno de la crisis cíclica. Si hacemos referencia al carácter cíclico de la crisis es simplemente por facilitar la tarea del análisis. Esto es, el análisis del ciclo económico es sólo parte de un tratamiento más complejo pero de ninguna manera debiera considerarse como un análisis sustitutivo de los que se hacen tomando todos los aspectos de la crisis actual.

Al margen de las peculiaridades específicas que tiene cada crisis económica existen dos fenómenos consustanciales a cada una:

a) El de ser el medio mediante el cual el mercado se deshace de una parte del capital sobrante. El capital sobrante se manifiesta en diversas formas: mercancías sin vender, maquinaria no plenamente usada, baja en la cotización de las acciones, y por ende disminución de los ritmos de producción y del comercio. Hay un menor insumo de materias primas y combustibles y por supuesto aumenta el número de trabajadores cesantes.

Hay que pagar las cuentas, el mercado se encarga de cobrarlas y lo hará mediante la desvalorización del capital. Se produjo demasiado, se compró maquinaria de más, se contrató más personal del que realmente se necesitaba, se adquirió más materias primas y así sucesivamente.

Pero que quede claro, la sobreproducción de mercancías, como expresión de la saturación de capital, no se presenta por el hecho de que se haya producido demasiado para satisfacer las necesidades sociales; pues puede haber capitales sobrantes pero al mismo tiempo vastas necesidades sociales insatisfechas. Este planteamiento teórico de hecho ocurre hoy día en todos los países capitalistas, es decir de un capital que creció en una magnitud tal que impide la reanimación de la ganancia.

El regulador del capitalismo, el

mercado, impone su ley: hay que eliminar capital el que requiere ser destruido o desvalorizado, para que el capital sobreviviente —impulsado por el espíritu de la ganancia— retome nuevamente el necesario aliento y la producción se reanime y se eleve nuevamente a fases superiores y más complejas de la producción del capital.

b) La desvalorización del capital o pérdidas del mismo no se lleva a efecto de un modo armonioso y parejo entre las distintas fracciones del capital global. Antes al contrario, se lleva a efecto en un marco lleno de desigualdades, en que unos capitales son más grandes que otros, al tener ya sea una mayor proporción del mercado, o por poseer una mejor fuente de abastecimiento de materias primas, o por tener mayor acceso al crédito, o por haber logrado mayores apoyos gubernamentales, o bien por tener un manejo administrativo más eficaz de las empresas y también por tener mayores ventajas tecnológicas en la producción y así sucesivamente.

Es decir, la crisis con su consecuencia más inmediata pone en tensión la capacidad de sobrevivencia de los capitales. El mecanismo que usa el mercado para eliminar a las fracciones de capital con menores posibilidades de supervivencia es la competencia. En época de crisis la competencia se acentúa y se profundiza. Por lo mismo aumenta la rivalidad entre los poseedores de capital. En suma, se trata de que si alguna parte del capital deberá de ser eliminado, los dueños de las distintas fracciones del capital harán todo lo posible para que no sea el capital propio el afectado. De manera que las pérdidas se llevan a efecto de un modo anárquico, desigual y en general en forma desfavorable, si no para todo el capital en su conjunto, si por lo menos para aquellos capitales más pequeños, con mayor atraso tecnológico,

con menores tasas de productividad con menor o nulo acceso a fuentes de financiamiento, etc.

La crisis, a través del mercado, una vez que ha eliminado de la competencia a los débiles, logra imponer la ley del más fuerte. Lo hace de un modo brutal y despiadado. Cuando la crisis logra realizar su función de desvalorizar capital en la magnitud necesaria, la crisis cesa, desaparece, para que en su lugar se inicie otra fase del ciclo económico: el auge.

Sin embargo, al desaparecer la crisis y dar lugar al auge en la economía toda, se produjo un vasto y poderoso proceso de centralización de capital, pues si bien el capital sobrante ha sido eliminado, en el curso mismo de la crisis se llevaron a efecto reajustes de mayor o menor proporción, todos ellos encaminados a fortalecer a los capitales que en medio de la feroz competencia, se vieron amenazados. El camino que muchos capitales siguen es el de buscar la fusión con otros capitales. En la fase nueva del ciclo económico los capitales más fuertes están ahora en condiciones de emprender nuevas y más vastas aventuras en el incesante propósito de aumentar más sus ganancias.

La Gran Depresión de 1929-33 y alteración del ciclo económico.

Se trató de la más profunda crisis que hasta ese entonces había sufrido el capitalismo y lo grave del problema, sobre el que se trata de llamar la atención, es que con esta crisis no fue posible resolver cabalmente el problema del exceso de capital a través del mecanismo tradicional de su destrucción: el mercado.

Desde aquel entonces hasta nuestros días el Estado tuvo que auxiliar al propio mercado para deshacerse de capital sobrante mediante la administración de las pér-

didadas que afrontaba el capital en su conjunto, recurriendo para ello al erario público.

Tres grandes vertientes de política económica tomaría el Estado a partir de ese entonces, como mecanismos impulsores y compensadores de las pérdidas del capital para ayudar a las fuerzas del mercado a fin de desahogar y deshacerse del capital sobrante.

I El Estado del Bienestar.- La primera de esas vertientes fue la de impulsar una mayor y más profunda participación del Estado en la estructura de la economía: producción y circulación mercantil, dándole al Estado el carácter de ente responsable supremo de la conducción de la política económica y de sus consecuencias, para ello se creó la teoría del Estado del Bienestar "Welfare State". Teoría que sostenía —y sus seguidores aún sostienen— la necesidad de que el Estado asuma la inmensa tarea de alcanzar como objetivo social, el de que todos los miembros de un país deben tener satisfechas sus necesidades no sólo básicas, de subsistencia, sino también de orden más elevado: salud, seguridad en el empleo y oportunidades de educación.

La teoría del "Welfare State" se difundió en distintos países capitalistas altamente desarrollados y tuvo una aceptación dispareja entre los propios gobiernos y partidos políticos. En los países en donde tuvo mayor grado de aceptación destacaban, Suecia, Dinamarca e Inglaterra. En países como Estados Unidos hubo mayor resistencia de los grupos dominantes, pues para llevar a cabo dicha doctrina se requería ampliar en gran escala la participación del Estado en la vida económica y social. Sin embargo, si bien en los EUA, no logró prosperar cabalmente la política del "Welfare State", si hubo una aceptación parcial. La administración de Franklin D. Roosevelt

ofreció una versión modificada de la teoría del Estado del Bienestar denominada New Deal, (Nuevo trato).

La teoría del Estado del Bienestar, era una respuesta reformista cuyo propósito en el fondo era la de evitar a como diera lugar el que la Gran Depresión se profundizara con toda su secuela de grandes desajustes sociales que el mercado anárquicamente producía en el proceso de destrucción o de desvalorización del capital. El temor a los grandes desajustes sociales que provocaba la pérdida de capital se fundaba en que éstos pudieran traer una irrupción social de tal magnitud que trastocara todo el proceso de la reproducción del capital y aun poner en peligro la subsistencia misma del capitalismo.

El capitalismo se había desarrollado tanto que el capital sobrante era excesivamente grande, pero no sólo eso también se había internacionalizado mucho, de tal modo que la rivalidad entre las distintas fracciones del capital no sólo se manifestaba entre capitales de un mismo país, sino sobre todo en una feroz competencia a nivel internacional entre capitales de distintos países, la que se llevaría a efecto con una actitud pasiva de los respectivos gobiernos, antes al contrario, para ello se contó con una participación activa en la defensa de los capitales de cada país en peligro de ser eliminados, recurriendo cada gobierno a medidas que podrían dominarse genéricamente como de guerra económica: proteccionismo, abierto o subrepticio, políticas de "dumping", apoyos financieros gubernamentales para fomentar exportaciones, devaluaciones monetarias, como recurso gubernamental para abaratar exportaciones, acuerdos bilaterales, presiones políticas y diplomáticas, guerra psicológica y alineamiento de países en torno a tal o cual potencia beligerante.

II El desarrollo del armamentismo. La Gran Depresión de 1929-33 también tuvo otra importante consecuencia que todavía se siente hasta nuestros días y con creciente intensidad: el armamentismo. Con anterioridad el armamentismo se acrecentaba en grande escala en periodos de guerra entre Estados o bien en conflictos internos, sin embargo esa situación se modificaría sustancialmente pues con la Gran Depresión el armamentismo se utilizará como un instrumento anticrisis. ¿Cómo explicarse este mecanismo de combate a la crisis?

Lo primero que hay que señalar es que el armamentismo es otra variante mediante la cual el Estado ayuda al mercado a salir de la crisis. En efecto, el Estado programa la socialización de las pérdidas que para la sociedad en su conjunto significa el que una parte de los recursos fiscales que el erario público capta, los utilice para la fabricación de armas. La elaboración de armamento, significa la producción de valores la que se queda almacenada mientras no haya guerra. Entre más tiempo transcurra sin que haya guerra mayor será la magnitud del valor de dicho armamento que tenderá a depreciarse —por su uso—. Asimismo, mientras sea mayor la producción bélica sin que haya guerra, mayor será la desvalorización del capital incorporado al armamento. Pero no sólo eso, sino que además en periodos de paz conforme se vayan inventando nuevas armas de mayor capacidad mortífera, el grado de obsolescencia del armamento más viejo que esté almacenado será también mayor, con lo cual el capital invertido en años previos en el equipo militar no utilizado por esta otra razón se va desvalorizando.

Esta es la forma en que el Estado colabora con el mercado a que no se sature de capital-mercancías. Mientras no se use el armamento

estará almacenado y mientras esté almacenado no estará en la circulación mercantil —así sea la de la muerte— con lo cual se evita que la magnitud de capital invertido en armas se convierta en capital-mercancías, que para su colocación compita en el mercado. De este modo disminuye, aunque no se evita, la sobreproducción de capital.

Lo anteriormente señalado revela cómo el armamentismo sirve para la incesante desvalorización de capital —mientras no haya guerra—. Pero eso no es todo. Hay otro aspecto del problema que nos explica a cabalidad el papel que el Estado juega por medio del armamentismo como instrumento anticrisis.

En efecto, en la medida en que el Estado concerta contratos bélicos a cuenta del erario público con diversas empresas o consorcios, inmediatamente se observa como la actividad productiva se reanima, se demandarán más combustibles, materias primas maquinaria e instrumentos, así como mano de obra; todo ello requerido para la producción de equipo bélico. Desde el lado de la producción hay una mayor y más intensa actividad y por ello disminuirá la capacidad instalada ociosa que las fábricas tienen en época de crisis y concomitantemente disminuirá el número de trabajadores desempleados.

En suma, el Estado desde el ángulo de la demanda coadyuva a la desvalorización de capital, y por lo mismo atenúa la tendencia a la sobreproducción de capital. Desde el ángulo de la oferta coadyuva a la elevar el nivel de la actividad productiva a niveles superiores de los que el mercado por sí mismo no lograría.

Otro fenómeno no menos importante reside en el hecho de que así como la crisis se encarga —por medio del mercado— de destruir capital excedente a la par que se encarga de centralizar capital en manos de los más fuertes, así tam-

bién el Estado se encargará de facilitar esta tarea que antes hacía solamente el mercado. En efecto, el Estado otorgará contratos para la producción de armas no a cualquier pequeño productor sino a los más fuertes, a los mejor organizados y a los más influyentes.

III. La expansión sin precedentes del sistema crediticio.

La participación creciente y cada vez más compleja del Estado en la actividad productiva y en la circulación mercantil, a efecto de operar como un instrumento anticrisis en buena medida, aunque no exclusivamente, tenía que descansar en el uso cada vez mayor del sistema de crédito.

Hasta antes de la Gran Depresión de 1929-33 el uso y hasta abuso del sistema crediticio por parte del Estado, como un mecanismo complementario para la obtención de recursos financieros había sido particularmente notable durante los periodos de conflictos bélicos. Las deudas internas de los Estados solían crecer en forma desorbitante para hacer frente a las necesidades de la guerra. Pero tan pronto

como concluían los conflictos armados los Estados disminuían considerablemente la contratación de deuda interna. Lo que sí conviene subrayar es que las deudas internas después de cada guerra quedaban en un nivel muy superior al previo.

Con la Gran Depresión de 1929-33, el panorama cambió sustancialmente, pues desde ese entonces hasta nuestros días, al verse involucrado el Estado de las más diversas maneras en el aparato productivo y al introducir medidas anticrisis de diverso tipo, con frecuencia solía y suele recurrir al uso creciente del crédito. Se podría afirmar que a partir de esa gran crisis el Estado ha utilizado el sistema crediticio de un modo permanente como un instrumento anticrisis. Lo importante ha ser destacado es el porqué el crédito se convierte en un instrumento anticrisis.

Si todo lo que se produjera en un lapso —digamos un año— ya tuviera asegurado tanto la colocación de lo producido, como asegurado el flujo de dinero que se pagaría por las mercancías elabo-



radas en el periodo, casi todas las transacciones se harían al contado, la recurrencia al crédito sería marginal y eventual por la presencia de algunos desajustes que pronto se corregirían. Por eso se dice y correctamente —aun cuando en forma parcial— que el crédito contribuye a facilitar el intercambio mercantil.

Sin embargo, el uso del crédito a más de facilitar el intercambio mercantil, también coadyuva a posponer y a atenuar la crisis. Si, como se sabe, la crisis se manifiesta en su primera etapa en la disminución de las ventas y al reducirse éstas trae aparejado el incremento de inventarios y posteriormente la paralización parcial o hasta total de la producción de las empresas y el despido de trabajadores, el recurrir al crédito es una forma de compensar la baja de la demanda de las mercancías producidas. Ciertamente es que el crédito entre bancos y empresas o particulares también se contrae en la época de crisis, pero eso no ocurre con el crédito que el Estado otorga. En efecto, si bien el Estado como prestatario de crédito en la época de crisis, también ve disminuídos sus recursos, como prestamista amplía el crédito como instrumento anticrisis.

En otras fases del ciclo económico, digamos los del auge y prosperidad, el crédito tiende a crecer a mayor velocidad incluso que el conjunto de la actividad productiva y mientras haya confianza el crédito seguirá acrecentándose. Eso es lo que ha venido ocurriendo a lo largo de las últimas décadas, puesto que cada vez es mayor la demanda de créditos de los gobiernos. El último botón de muestra lo tenemos en la reciente petición del Presidente de Estados Unidos, Ronald Reagan, a fin de que se apruebe un aumento del límite autorizado de la deuda pública interna de 1.8 billones de dólares a 2.0 billones. Después de mucha con-

troversia entre los senadores se aprobó dicho aumento al límite de la deuda pública interna.

Lo anterior sólo es una expresión de algo que ocurre a nivel de todo el sistema crediticio internacional. De hecho ocurren los siguientes fenómenos:

a) Para poder vender una misma mercancía hoy en día se requiere de un monto de capital crediticio mucho mayor que el que se necesitaba hace dos o tres décadas. Este hecho se convierte a su vez en una palanca más, que contribuye a la centralización rápida de capitales, pues sólo podrán hacer frente a la competencia aquellos capitales que por su magnitud, están en condiciones de ofrecer sus mercancías mediante crédito.

b) La sobreproducción de mercancías desaparece temporalmente en la medida en que para vender se echó mano del crédito. Es decir, la sobreproducción de mercaderías se presentaría con toda su fuerza si esa producción excedentaria tuviera que realizarse al contado. El recurrir al aumento del endeudamiento no sólo es privativo de los Estados, también lo es y en mayor escala entre grandes corporaciones. En rigor, las deudas entre corporaciones son mayores incluso que las que tiene el gobierno de los EU. En mucho menor escala, pero acusando la misma tendencia, está el endeudamiento de los individuos: cada vez es mayor la parte de sus ingresos totales que se dedican a pagar deudas de mercancías que previamente compraron.

c) El enorme y costosísimo proyecto de la "Guerra de las Galaxias" añade al sistema financiero internacional una carga de problemas y de tensiones en proporciones no previstas y de gran magnitud, máxime si tomamos en cuenta que desde la década de los 30, una parte del financiamiento de la carrera armamentista ha descansado en el endeudamiento interno

de los Estados. Debido a este proyecto militar Estados Unidos ha pasado, por primera vez en su historia económica, de país acreedor con el resto del mundo a país deudor con otros países, a más de que su gobierno se ha visto precisado a aumentar los límites de la deuda pública interna.

d) El endeudamiento de los Estados, además, no se restringe a los países altamente desarrollados del sistema, también incluye a Estados de países del Tercer Mundo en una magnitud no conocida antes.¹

Desde la Gran Depresión de 1929-33, ha transcurrido medio siglo y se puede observar cómo década tras década cada uno de los Estados capitalistas —sobre todo los de mayor desarrollo relativo— han ido acrecentando su deuda interna en una escala que no tiene precedentes en la historia del capitalismo.

Una solución heterodoxa a la crisis de 1929-33: La Segunda Guerra Mundial.

Ya el gran economista soviético Eugenio Varga, señalaba en uno de sus más importantes trabajos como la Gran Depresión de 1929-33 no resolvería a cabalidad el problema de la existencia de capital excedente a través ni de los mecanismos ordinarios del mercado, ni tampoco con las nuevas modalidades de acción del Estado para salir de la crisis. Varga, con un profundo sentido analítico previó el estallido de una segunda conflagración mundial y llegó a la conclusión de que la sobreproducción de capital sólo

1 A manera de ilustración damos como referencia el caso de México. A mediados de 1985 la deuda externa del país frisaba en los 100 000 millones de dólares y la deuda interna se estimaba en 7 billones de pesos la que calculada en dólares —a 400 pesos dólar— nos daría 17 500 millones de dólares.

podría resolverse mediante una nueva guerra mundial, la que previó con una antelación de unos seis años. La guerra destruiría el capital sobrante de potencias vencedoras, pero sobre todo de las vencidas. Y así fue, pues después de la eliminación de las potencias del Eje, el capitalismo logró una expansión sin precedente. Dicha expansión se ha trastocado en nuestros días para transformarse en crisis.²

Hoy debemos reflexionar seria y profundamente sobre este problema: el de que la crisis actual con su mayor excedente de capital en comparación con la magnitud de capital sobrante que se tenía cuando estalló la Gran Depresión de 1929-33, también requiere de ser destruido pero en una magnitud todavía mayor y en una escala mucho más devastadora a la que se logró con la desvalorización de capital que la propia crisis provocó entre 1929-33 y la desvalorización de ese capital excedente que programaron los Estados con el armamentismo sobre todo durante y después de dicha crisis, a lo que habría que agregar, además, la destrucción de capital que provocó la Segunda Guerra Mundial. El capitalismo sólo así podría recobrar el necesario aliento para la reproducción de capital.

Se hace necesario reflexionar si tomamos en cuenta que desde que EU arrojó las dos bombas atómicas sobre Japón en agosto de 1945, el mundo entró en una nueva fase: la era atómica. Hoy día la humanidad enfrenta el mayor peligro de su historia, el de que pueda desaparecer todo signo de vida en el planeta entero por la acción destructiva que tienen las modernas armas, al

fin y al cabo producidas por la propia humanidad. No habría vencedores ni vencidos.

De este modo la crisis actual no pareciera que se pudiera resolver mediante una solución heterodoxa como el recurrir a una Tercera Guerra Mundial, aunque en algunos círculos políticos influyentes de los EU, se alienta la esperanza de que es posible ganar una guerra atómica mediante un primer golpe devastador sobre la planta industrial de la URSS.

El otro recurso como lo sería el de echar mano de guerras convencionales y sin llegar a la guerra termonuclear —aparte de los riesgos— no pareciera ser una solución dentro de esta lógica de la muerte, pues mucho es de temerse que es tal la cantidad de capital sobrante en el sistema que sólo se resolvería en mínima parte el problema del capital excedente, aunque puede haber guerras convencionales ya sea por motivos reales pero inflados, o simplemente supuestos.

En consecuencia, se puede afirmar que tal vez ante la imposibilidad de que el capital sobrante sea destruido en la magnitud necesaria para reanudar tranquilamente la producción de capital, sea el factor principal del prolongamiento de la crisis en años venideros, al no encontrarse una solución cabal y plena. En cambio, si pareciera que el vivir en crisis permanente se convierte en el rasgo cotidiano de los próximos años en la medida en que subsiste el problema del capital sobrante.

Por fortuna, hay una creciente oposición al uso de armas termonucleares en conflictos bélicos y en general contra toda guerra, el armamentismo y la lucha por la paz, pero aún esta lucha no está ganada.

La crisis y una nueva salida falsa: el mercado.

La teoría del Estado del Bienestar

tar junto con la teoría de Keynes que supone la necesidad de que el Estado actúe como mecanismo anticíclico, recurriendo al gasto público deficitario con tal de volver a reanimar la economía, hoy día ambas concepciones están sujetas cotidianamente a una ofensiva de gran envergadura de carácter teórico, ideológico y de política económica y han perdido terreno, pero no pareciera que serán plenamente eliminados mientras dure el capitalismo. La teoría del Estado del Bienestar, el keynesismo y aún la nueva concepción oponente a las dos primeras: el neoliberalismo, han sido ideados y elaborados en los países capitalistas más avanzados. Desde ese punto de vista no hay nada nuevo, sin embargo, lo interesante es analizar el neoliberalismo como arma teórica, ideológica y política que se ofrece en los medios académicos más poderosos e influyentes de los Estados Unidos sobre todo, como el medio más adecuado para salir de la crisis. A partir de allí este nuevo enfoque se ha difundido y aplicado en otros países del mundo.

Los neoliberales sostienen que el Estado se ha convertido en una verdadera traba para el funcionamiento de la actividad económica, al restar incentivos a los empresarios con fuertes y pesados impuestos, con su prolongado y tortuoso sistema de trámites que hay que cumplir para lograr la solución a tal o cual asunto, con sus no pocos casos de duplicación y hasta triplificación de funciones, con su corrupción lacerante, con subsidiar una industria sobreprotegida incapaz de poder competir eficazmente. Los neoliberales también se oponen a que el Estado siga creciendo desmesuradamente con su secuela de empleos no productivos y poco eficaces y a que el Estado siga metiéndose en diversos aspectos de la producción y distribución mercantiles en sus intentos por re-

² Véase Eugene Varga "La Crisis y sus consecuencias políticas", Ediciones Europa-América, Barcelona, España, 1935.

gular la producción: los precios, los flujos de capital, en el control en la cotización de divisas, con un régimen arancelario pesado y con un conjunto creciente de disposiciones administrativas que todo lo entorpece, ya sea para la producción o para la circulación de mercancías.

Asimismo sostiene que la acción del Estado a través de la seguridad social encubre a los ineptos e ineficaces, por ejemplo, a los desocupados que reciben bonos para su sustento, se protege el ocio y se mata la iniciativa individual de los desocupados. También afirman que con la existencia de sindicatos el mercado de trabajo se traba en su funcionamiento e impide una libre oferta y demanda de empleados, así como la promoción de los mismos según sus aptitudes y nivel de preparación.

En suma, los neoliberales consideran que el Estado ha crecido demasiado en distintos órdenes, lo que ha conllevado a disminuir y deformar considerablemente la iniciativa de los empresarios con sus subsidios y prebendas. No es posible —agregan— que la principal virtud que tiene el sistema de libre empresa, se vea tan atado por esa inmensa maraña de dispositivos estatales, sindicales o de otro orden institucional que tenga que ver con las relaciones económicas.

En efecto, hoy día ha avanzado tanto la incorporación del Estado a la vida económica toda que difícilmente se puede encontrar un aspecto en donde el Estado no tenga que ver. Para bien o para mal el Estado está sobre todo íntimamente articulado al proceso central del capitalismo: la reproducción del capital. Por eso hay teóricos que con razón hablan de que vivimos en la época del capitalismo monopolista del Estado.

Para los neoliberales esa situación no debe seguir y ofrecen una alternativa: el libre funcionamiento

de las fuerzas del mercado. Solamente si se le quitan al mercado todo tipo de trabas habrá una verdadera expansión de la actividad económica toda. Por lo tanto, el Estado debe reducirse a su mínima expresión en el orden económico y se debe volver a la época del Estado-gendarme. Para ello se requiere: vender empresas estatales, reducir el déficit fiscal, disminuir los gastos estatales en seguridad social y en educación, acabar con los sindicatos, desaparecer subsidios, bajar impuestos, dejar a un lado los precios políticos (subsidios estatales al consumo) para que los precios se muevan en función de la oferta y la demanda, eliminando toda interferencia estatal que controle precios, así como disminuir el número de trabajadores empleados en la administración estatal.

En el terreno internacional, los neoliberales sostienen la misma tesis central: dejar que sean las libres fuerzas del mercado las que se encarguen de impulsar el flujo de capitales y el comercio entre los países sin ninguna interferencia estatal, pues en la medida en que ello ocurra se destrabará el pleno funcionamiento del mercado. Por ello son partidarios del GATT.

La administración Reagan y la búsqueda de la hegemonía total.

La época dorada de Estados Unidos como potencia hegemónica del sistema capitalista probablemente está entre 1945 y 1955; ya desde antes pero sobre todo después de 1955, la hegemonía de Estados Unidos ha perdido fuerza y aunque se puede decir que todavía es una potencia hegemónica ya no es absoluta, es más bien relativa.

En un breve trabajo como éste no podemos analizar en detalle esta importante cuestión, sin embargo, presentaremos algunos hechos que atestiguan la pérdida de hegemonía norteamericana en forma relativa.

La disminución del peso de la producción de Estados Unidos en todo el mundo, tanto por el aumento de la producción en los países europeo-occidentales y Japón como la de los países socialistas, la disminución de la importancia relativa de las exportaciones de EU al resto del mundo y el aumento correlativo de las mismas por parte de las potencias competidoras de Europa Occidental y Japón y el aumento de las exportaciones de los países socialistas.

- Mientras que el Océano Pacífico se convirtió en un lago norteamericano al fin de la Segunda Guerra Mundial, hoy EU tiene que compartirlo con Japón. Este país controla la parte oriental del Océano Pacífico —con excepción de una parte de Corea y de territorio soviético— y ha desplazado a EU como primer inversionista en esa parte del océano.
- En tanto que las mercancías norteamericanas eran muy apreciadas en la Europa semidestruida al fin de la Segunda Guerra Mundial, hoy las mercancías de Japón y de Europa Occidental son altamente apreciadas en el mercado de Estados Unidos.
- Durante décadas Estados Unidos fue el país que mayor número de automóviles producía, sin embargo desde hace unos cuatro años Japón pasó a ocupar el primer lugar en este rubro de la producción. Así también en el terreno de la automatización de procesos productivos Japón va en primer lugar con la introducción de robots, Estados Unidos se ha rezagado relativamente.
- Asimismo Estados Unidos era el poseedor absoluto de la bomba atómica al fin de la Segunda Guerra Mundial, hoy tiene que compartir esa posesión con la URSS, China, Gran Bretaña,

Francia, la India, etc.

- Mientras que el mundo creía en el enorme poderío norteamericano, los soviéticos sorprendieron y se adelantaron a EU en el lanzamiento del primer satélite artificial en 1957 y en el lanzamiento del primer hombre al espacio en 1961.
- En el terreno militar también ha ocurrido una disminución de la capacidad hegemónica de Estados Unidos como en los casos siguientes: Después de años y años de apoyo a EU a las tropas de Chiang Kae Sek triunfó la revolución china encabezada por Mao Tse Tung en 1949. Así también después de una costosísima guerra en Corea firmó el armisticio en 1953 sin poder conquistar la parte norte de la península coreana. En una guerra todavía más costosa y prolongada que la de Corea, Estados Unidos fue derrotado por las tropas vietnamitas. Pese a la oposición cerrada de Estados Unidos no pudo evitar el triunfo y la consolidación de la revolución en Cuba. Asimismo y no obstante el apoyo militar que EU le dió al Sha de Irán, no pudo impedir su caída y el triunfo de la revolución iraní. Y ya más cerca de nosotros, y no obstante el enorme apoyo que EU le dió al dictador Somoza, tampoco pudo impedir el triunfo de los sandinistas. Ahora EU trata por todos los medios posibles de evitar la consolidación de la revolución sandinista.

Todos los cambios, como consecuencia, también se manifiestan en diversos foros internacionales, especialmente en la ONU en donde es notoria la pérdida del control en las votaciones que Estados Unidos solía tener desde fines de los 40 y los 50. Por eso hace algunos años el Secretario del Departamento de Estado Kissinger habló de la

“dictadura de la mayoría”.³

Estos y otros acontecimientos desfavorables a EU aquí no mencionados, han venido preocupando a los círculos más poderosos e influyentes de los EU, sobre todo después de la derrota de ese país en Vietnam. Desde mediados de los 70, pero ya desde antes, poco a poco fue emergiendo un cuerpo de doctrina política que —reexaminando los acontecimientos previos— permitiera presentar no sólo a los grupos dominantes sino a toda la población norteamericana una nueva visión coherente y global de la importancia que Estados Unidos puede y debe jugar en el destino del mundo, visión que conlleva una idea central: Estados Unidos es un gran país, es la primera potencia del orbe y puede y debe jugar como tal esa misión histórica. Si en la arena internacional EU ha perdido terreno, ello no se debe a que las relaciones internacionales hegemónicas por Estados Unidos y principales aliados, tengan mucho de desfavorables e injustas para pueblos y gobiernos. Esta situación se oscurece y se reduce a su mínima expresión. Para los ideólogos de esta concepción, la pérdida de hegemonía se debe principalmente a actitudes timoratas adoptadas por sucesivas admi-

3 Al momento de revisar este trabajo, el embajador de EU ante la ONU, Vernon Walters, declaró que ha sentido “el peso de todos los masivos votos antinorteamericanos”. Y más adelante añadió: “El 86.2% de los votos de los No Alineados, es favorable a la URSS” y concluyó “debemos aclarar a esta gente que es su propio interés votar de acuerdo con sus intereses nacionales, en lugar de hacerlo como un rebaño de ovejas contra Estados Unidos”. Lo cierto es que —aparte de la actitud prepotente del embajador hacia los dirigentes de países no alineados— hay un claro reconocimiento de la pérdida de control de EU en la ONU. Véase el periódico “El Día”, primera plana de la Sección Internacional, del 24 de octubre de 1985.

nistraciones gubernamentales, por el encadenamiento de errores cometidos, porque ante la resistencia que oponen enemigos menores, en vez de dar golpes definitivos se muestran signos de debilidad y ante el avance de dichos enemigos se decide una cautelosa retirada. A todos los que resisten, o se oponen a la política exterior norteamericana se les mete en un mismo saco: son comunistas. Según esta concepción articulada en los medios más conservadores y derechistas de ese país, es necesario impulsar una política audaz en todos los órdenes que le de a EU nuevamente la iniciativa y que le permita volver a ocupar el sitio supremo antes alcanzado de potencia hegemónica absoluta del mundo.

El partido republicano sirvió de eje político articulador de la derecha norteamericana, la que a lo largo de la administración Carter se fue reagrupando para competir electoralmente. Reagan se convirtió en el político escogido por esa derecha, y con base en los anteriores planteamientos logró ganar a Carter aun cuando sólo obtuvo el 27% del total de votos del electorado norteamericano.

Ya en el poder la administración Reagan pone en práctica un conjunto de medidas que por un lado permitan sortear la crisis y por otro darle a EU su papel hegemónico absoluto en la escena mundial.

Para ello aplica las teorías del neoliberalismo económico, sobre todo tratándose de reducir el tamaño tan colosal que había adquirido el aparato estatal; por ello fueron despedidos de su trabajo 300 mil empleados públicos. Impulsa al mismo tiempo la reducción de los impuestos para cumplir con una de sus promesas electorales. Sin embargo, y no obstante su antiestatismo y su pregón de que deben ser las fuerzas del mercado las que impulsen la actividad eco-

nómica, la administración Reagan no abandona las prácticas de política económica instauradas por los keynesianos, en el sentido de continuar acrecentando el gasto público como la manera más efectiva de apoyar, desde el Estado, a la actividad económica.

La aplicación de políticas opuestas, el neoliberalismo económico por un lado, y por el otro la continuación de una mayor política de gasto gubernamental, pronto se manifestó en un creciente déficit del presupuesto gubernamental el cual ha rebasado los 200 mil millones de dólares en el año fiscal de 1985. Déficit que no tiene precedente en la historia económica de EU y que se ha convertido en un verdadero quebradero de cabeza para los dirigentes de la política económica de ese país.

Bajo la consigna neoliberal de que es necesario reducir la magnitud del aparato estatal, la administración Reagan ha disminuido partidas presupuestales en rubros como la seguridad social y la educación. Bajo la consigna de que es necesario elevar la capacidad militar de EU, la administración Reagan ha aumentado el gasto gubernamental año con año. Y junto con ello dándole prioridad mediante apoyos sustanciales a las industrias de punta.

La principal causa del déficit fiscal del gobierno de los EU estriba precisamente en los colosales aumentos al gasto militar. Y precisamente debido a ello la administración Reagan ha logrado algunos éxitos. El más importante reside en la reactivación de la actividad económica de los EU, lo que ha permitido asimismo reducir el desempleo y disminuir la inflación de 12% anual a sólo 3.5%. La reactivación económica tiene su basamento en la expansión inusitada del gasto gubernamental destinado para fines militares.

En el marco de la política credi-

ticia la administración Reagan ha llevado adelante un control muy restringido del crédito, a fin de disminuir el ritmo de la inflación. Dicha política restrictiva del crédito ha tenido como consecuencia una elevación de las tasas de interés: poco crédito disponible por un lado y muchos demandantes del mismo por el otro. Dentro de esos demandantes de dinero está el propio gobierno norteamericano crecientemente urgido de recursos dinerarios para financiar su déficit fiscal y por lo mismo su gasto.

La elevación de las tasas de interés en el mercado financiero de los EU ha tenido un doble efecto. De una parte, dicha alza de las tasas de interés en el mercado norteamericano ha facilitado que parte del capital líquido disponible en otras partes del sistema capitalista se haya transformado en un flujo de dinero a la banca de EU. De este modo, EU ha estado en condiciones de mantener, incluso de acrecentar su déficit fiscal, financiándolo con dinero proveniente de otros países.

La explicación de por qué para EU ha sido posible disminuir la tasa de inflación a pesar de tener un déficit fiscal creciente, la encontramos precisamente en el hecho de que dicho déficit fiscal en buena medida se ha logrado financiar con fondos provenientes de otros países.

La descapitalización que parcialmente han sufrido diversos países al fluir capital líquido hacia la banca norteamericana se ha convertido en una de las principales quejas y motivos de querellas de los dirigentes políticos de los países altamente desarrollados y también de los del Tercer Mundo.

Otro gran efecto que ha producido la elevación de las tasas de interés en el mercado norteamericano ha sido la sobrevaluación del dólar, por lo que las exportaciones de EU se han dificultado por el

hecho de tener un dólar caro al mismo tiempo que las importaciones de EU provenientes de otros países se han abaratado. Pero además, como la crisis ha golpeado con diversos grados de severidad a muchos países, ello ha coadyuvado a que las compras de productos norteamericanos hechos por otros países tiendan a disminuir. Lo anterior nos permite explicar el porqué EU ha tenido en los últimos años un comercio exterior crecientemente desfavorable expresado en un déficit de balanza comercial que en 1984 se elevó a 123 mil millones de dólares y en 1985 se elevó todavía más a 148 mil millones. Estos déficits por su magnitud no tienen precedente.

La razón objetiva más importante que impulsa a las autoridades norteamericanas al establecimiento de barreras proteccionistas estriba precisamente en los aumentos del déficit de balanza comercial. Asimismo estos déficits agrandados impulsan crecientemente a que el gobierno de EU presione por diversos medios a que se abatan las barreras arancelarias de otros países a fin de facilitar la colocación de mercaderías norteamericanas.

Este breve, suscito e incompleto repaso a los éxitos y problemas que enfrenta la administración Reagan nos permite hacer una generalización no obstante que dicha administración ha llegado al poder desplegando la bandera del neoliberalismo económico y a pesar de haber establecido políticas inspiradas en esa doctrina económica, en esencia y a pesar de su posición doctrinaria, la administración Reagan sigue actuando en lo fundamental con medidas de política keynesiana. Así, sigue siendo la acción anticíclica del Estado el medio más importante para tratar de salir de la crisis.

La ofensiva contra el capital latinoamericano
Quizá hemos dado un largo ro-

deo para abordar la temática de las relaciones América Latina-Estados Unidos, pero creemos que no ha sido inútil en tanto que consideramos que se trataba de dar elementos necesarios para entender el marco de las relaciones entre el subcontinente latinoamericano y los Estados Unidos.

Si retomamos algunos de los más importantes elementos que hemos manejado previamente y a manera de síntesis, debemos señalar:

- Que independientemente de la complejidad de las crisis todas ellas tienen dos grandes características: a) son una expresión de la existencia de la sobreproducción del capital. El capital creció en las etapas previas en una escala tan grande que no encuentra campos de inversión redituables. b) El efecto más importante es la eliminación de capital sobrante generalmente el más débil.
- La escala del desarrollo que el capitalismo actual ha alcanzado es tan grande, que tanto la reproducción de capital como la crisis misma de dicha reproducción del capital, han alcanzado un nivel de internacionalización nunca antes visto en la historia.
- Que la crisis actual es más profunda, más peligrosa, más prolongada, más compleja y más internacionalizada que la Gran Depresión de 1929-1933.
- La Gran Depresión de 1929-1933, demostró que la solución de la crisis no se pudo lograr solamente a través de los mecanismos del mercado, por ello fue necesario introducir nuevos factores que impulsaran su solución como una gran intervención del Estado para actuar anticíclicamente

así también el uso cada vez mayor del crédito público y privado como instrumento anticrisis y lo más grave fue que la más importante "solución" a la crisis, fuera la Segunda Guerra Mundial, que eliminó vastas porciones de capital sobre todo, pero no únicamente, de las potencias derrotadas.

- Que la intervención anticíclica del Estado, sobre todo a través del armamentismo y la creciente recurrencia al crédito como factores anticíclicos se han convertido en rasgos permanentes del funcionamiento del capitalismo y que han acrecentado su importancia al margen de la existencia o no de crisis cíclicas. Este ha sido así desde el estallido de la Gran Depresión de 1929-1933 hasta nuestros días.
- Que entre aquella gran crisis y la presente ha habido un cambio cualitativo de gran importancia para la humanidad consistente en la creación de medios destructivos de tal poder mortífero que una III Guerra Mundial como solución para eliminar al capital estorboso haría desaparecer de la faz de la tierra todo vestigio de vida.
- Que desde antes pero sobre todo en la administración Reagan se ha dado especial énfasis a la carrera armamentista sobre todo con el proyecto de la "Guerra de las Galaxias".
- Que la carrera armamentista se ha convertido al mismo tiempo en el factor anticíclico y reanimador más importante de la economía norteamericana, también se ha convertido en fuente de sus crecientes déficits de balanza comercial y de los

grandes y crecientes desequilibrios del gasto público en EU. Además de provocar que Estados Unidos se transforme de gran país acreedor a país deudor y por lo mismo de un demandante creciente de recursos financieros en el mercado internacional de capitales.

Ante la perspectiva que enfrenta el sistema capitalista de una excesiva magnitud de capital que no puede capitalizarse a cabalidad, esto es de la existencia de una sobreproducción de capital que busca afanosamente reproducirse pero con poco éxito, cabe señalarse que una solución heterodoxa a la crisis como lo fue el estallido de la Segunda Guerra Mundial no es viable, como ya se ha dicho ni para el propio capital ni para la humanidad entera.

De esta suerte y suponiendo en forma optimista que no estallará la III Guerra Mundial, la destrucción y eliminación del capital en exceso o sobrante tendría que llevarse a efecto, no a costa de los países socialistas, sino que se llevaría al cabo dentro de las fronteras del propio sistema capitalista. Esto es, pensamos en la posibilidad de que el conflicto Este-Oeste, aunque esté presente, no desembocará en una guerra mundial, tanto por la movilización de los pueblos en su lucha por la paz como por el mismo poder destructivo que han alcanzado sobre todo la Unión Soviética y los Estados Unidos.

Si lo anterior no es posible ello nos obliga a plantear la hipótesis de si la necesaria eliminación del capital sobrante se llevaría a cabo entre los capitales de las grandes potencias industriales de Occidente.

En otras palabras ¿cabría pensar que pudiera estallar uno o varios conflictos bélicos entre las potencias capitalistas más poderosas a fin de eliminar capital a costillas

de la potencia perdedora? La respuesta a esta interrogante es decisiva.

A riesgo de equivocarnos, pensamos que así como es difícil que estalle un conflicto termonuclear entre la URSS y Estados Unidos principalmente, también pensamos que la posibilidad de uno o varios conflictos entre las más poderosas potencias capitalistas es improbable. Y decimos esto por varias razones: en primer término y no obstante que Japón, Alemania Federal, Francia e Inglaterra han estado participando en la carrera armamentista, el clima ideológico y político que han creado las capas dirigentes de esos países no se ha canalizado en contra de unos países contra otros, como sí ocurrió antes y durante la I y II Guerras Mundiales. En segundo lugar porque los dirigentes políticos de esos países se han alineado a los EU en sus contradicciones con los países socialistas. De este modo cualquier conflicto bélico entre estos países debilitaría su posición de fuerza ante los países socialistas.

De ser correctas estas apreciaciones, ¿Cómo podría el sistema capitalista resolver su contradicción de eliminar al capital que estorba e impide su tranquila reproducción?

Al respecto pensamos que la eliminación de capital sobrante y estorbo se llevará a efecto principalmente en los países del Tercer Mundo en donde se librarán con mayor fuerza la desvalorización de capital. Es en el Tercer Mundo en donde se llevará a efecto la mayor disputa por campos de inversión, por el control de recursos naturales, sobre todo los de carácter estratégico militar.

Lo anterior no quiere decir que no se acreciente la competencia de distintas fracciones de capital invertidos y de los que circulan en los países altamente desarrollados. Ahí también se acelerarán las luchas

entre fracciones poderosas del capital. Pero precisamente por la correlación de fuerzas y su poderío es más difícil que unos a otros se eliminen mediante violentos y expeditos enfrentamientos de tipo militar. Por lo mismo lo que ocurre es la eliminación de capitales sobrantes mediante una feroz competencia: mayor productividad y eficacia, proteccionismo estatal, mayor impulso a la investigación desde el Estado, apoyo a industrias estratégicas y de punta, fusiones a nivel nacional de capitales, pero con creciente intensidad de fusiones a nivel internacional y mayor monopolización. Entre otras medidas, está la guerra de precios (similar a la que se ve en el mercado internacional del petróleo). Otra medida es el desmantelamiento parcial de las formas de acumulación de capital desde el Estado y por el Estado, mecanismo que se han implementado desde hace muchas décadas. Todo ello se lleva y llevará al cabo pero en un marco de mutuo respeto entre gobiernos y capitales.

Una competencia feroz de características similares se lleva a efecto en América Latina pero con una diferencia cualitativa de gran importancia: saltan a la vista los grandes desniveles existentes entre la mayor parte de los capitales de América Latina en comparación con el poderío de los capitales de los países altamente desarrollados en especial de los de EU, en términos no sólo de magnitud, sino también de posesión de tecnología, control de mercados, de materias primas y eficacia administrativa. El capital latinoamericano como se sabe ya ha sido víctima y lo será en mayor medida en el futuro de la ofensiva de largo aliento que impulsan las fracciones más poderosas del capital transnacional.

El capital transnacional necesita eliminar al capital más débil que

hoy por hoy se encuentra en manos de empresarios latinoamericanos. Pero el problema no para, sólo en lo antes dicho, sino que, como lo recordábamos, la crisis también produce un efecto de gran magnitud en la centralización del capital: el capital más grande y fuerte absorbe al más pequeño y débil. Lo somete a su control y dominación. Este fenómeno ha ocurrido incesantemente en América Latina, aun en épocas en que no hay crisis cíclica, sin embargo, con la crisis actual la centralización del capital tiende a aumentar en una escala tan vasta como no se ha visto con antelación.

Aunque no se podría descartar cabalmente, todo indica que la ofensiva del capital latinoamericano no podría expresarse en confrontaciones militares. La eliminación del capital sobrante —más que hacerse por medios bélicos— pareciera que podría desarrollarse mediante el uso de expedientes, como los señalados que son menos espectaculares, pero no por ello menos nocivos para las fracciones de capital latinoamericano más débiles.

Para tener una idea de la magnitud de los cambios que se realizan pero sobre todo de los próximos, debemos tener en cuenta que en América Latina, en unos países más que en otros, el proceso de acumulación de capital se ha llevado a efecto sobre la base de una amplia protección arancelaria del Estado, de un apoyo sistemático al desarrollo industrial mediante políticas de subsidiamiento al capital privado, de utilización del mercado interno protegido como coto de caza de ganancias del capital nacional e incluso del extranjero invertido en América Latina. Así también desde el Estado se han amasado no pocas cuantiosas fortunas y al calor de la actividad económica impulsada por el Estado muchos capitales han crecido, algunos en

forma por demás impresionante, sobre todo con la obtención de contratos para la construcción de obras públicas.

Todos estos mecanismos que han facilitado la acumulación de capital latinoamericano, hoy día se ven seriamente amenazados por la crisis misma así como por las políticas económicas que se implementan por los gobiernos latinoamericanos cada vez más influenciados y supeditados a los lineamientos de política económica establecidos por el Estado norteamericano a través de sus brazos como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y el Tesoro de los EU, pero que también cuenta con el apoyo de los grandes bancos comerciales de EU. Esa misma política se apoya y empuja a los bancos más poderosos de Japón, Alemania Federal y de otros países capitalistas altamente desarrollados.

La doctrina del neoliberalismo económico es el arma ideológica, teórica y de política económica más importante que utilizan las fracciones del capital transnacional en su afán de eliminar al capital sobrante.

Dichos planteamientos doctrinarios no son ni una novedad ni algo que desde el punto de vista teórico pudiera ser considerado como una verdadera aportación a la ciencia económica. En realidad lo peligroso de estos planteamientos doctrinarios es que han tomado fuerza e influído en buena medida en la conformación teórica y política de financieros, economistas, políticos, funcionarios y dirigentes de empresarios, latinoamericanos que se han ido a formar ya sea a Estados Unidos o bien recibido ese tipo de enseñanzas en escuelas latinoamericanas que tiene programas de estudio con esa orientación.

Pero lo que más cuenta es que detrás de todo ese sistema de transmisión de conocimientos está el poderío del capital transnacional,

con su fuerza deslumbrante cuyos dueños saben perfectamente que para poder avasallar o eliminar al capital débil y sobrante de América Latina requieren de varios millones de profesionales de distinta especialización que estén convencidos de los planteamientos doctrinarios de neoliberalismo.

¿Por qué el gran capital transnacional esgrime el neoliberalismo? En un avance de respuesta a esta pregunta básica podemos afirmar lo siguiente:

1. Cuando se pregonan que el funcionamiento de una economía debe quedar sujeto al libre juego de las fuerzas del mercado sin ninguna interferencia institucional, lo que en el fondo se plantea es que no debe haber nada que trabaje y dificulte el enfrentamiento de los capitales a través de la competencia. Esto lo afirman los ideólogos del capital transnacional, puesto que están seguros que de dichos enfrentamientos saldrá triunfante el capital más fuerte.

2. Cuando los neoliberales plantean una lucha a muerte en contra del proteccionismo lo hacen conscientes de que no podrán haber un pleno dominio de mercados por parte del capital transnacional, en la medida en que fracciones menos fuertes o francamente débiles del capital latinoamericano subsistan amparados por el proteccionismo estatal lo que les permite vender sus mercancías en el territorio de los países protegidos.

3. El neoliberalismo se opone a la existencia de subsidios y apoyos estatales que los gobiernos de América Latina brindan a sus propios capitales. Ya que en tanto existan dichos subsidios y apoyos estatales se dificulta la eliminación de los capitales débiles que estorban la ampliación de la esfera de influencia del gran capital transnacional.

4. También los neoliberales plantean la eliminación de empre-

sas estatales, que sirvan para subsidiar a los consumidores, o para ofrecer servicios o productos a precios subsidiados que faciliten la acumulación del capital del país de que se trate. Todo eso estorba, dicen ellos, se crean precios políticos, se hace populismo, se subsidia a los industriales ineficientes. Todo ello impide la libre competencia, es decir todo ello impide que el gran capital elimine pronto al capital más pequeño y débil.

5. En lo relativo a la fuerza de trabajo el neoliberalismo se opone a la existencia de sindicatos por considerar que bloquean el libre movimiento en la contratación de la fuerza de trabajo. Los salarios no deben subir, dicen los neoliberales —en función de factores extraños como los sindicatos, los salarios deben ser altos o bajos en relación a la destreza y capacidad individual de los asalariados, que subsistan sólo los más hábiles, los más calificados, a los demás que Dios los bendiga. Nosotros pensamos que de este modo se facilitaría la acumulación del gran capital sobre todo en la medida en que los trabajadores individualmente considerados, poca o ninguna fuerza podrían ejercer en la lucha por vender menos barata su fuerza de trabajo en época de crisis.

6. Así como el neoliberalismo plantea que debe haber libre entrada de mercancías también lo debe haber en lo relativo al movimiento de capitales. El capital transnacional quiere libertad plena para instalarse en donde sea, cuando sea y como sea. Esa libertad plena impediría que se crearan capitales estorbosos e ineficientes.

7. Tampoco debe haber restricciones a la salida de divisas de los países receptores de la inversión extranjera, nos dicen los neoliberales. En efecto, el capital transnacional requiere de la libre repatriación de sus ganancias a los países de origen, máxime en esta época



en que se requiere de enormes sumas de capital para que se pueda financiar proyectos tan costosos como el de la "Guerra de las Galaxias". Por eso, los neoliberales se oponen a cualquier control de cambios que los gobiernos latinoamericanos han establecido o pretendan hacerlo.

8. Otro punto importante que plantea el neoliberalismo es el énfasis no en la tradicional política de industrialización seguida en América Latina mediante la sustitución de importaciones, sino que plantea como imperativo que los países latinoamericanos orienten sus economías al fomento de las exportaciones.

Para tranquilizar a funcionarios e industriales políticos de los países latinoamericanos, los neoliberales plantean que ante una situación de crisis con pesadas deudas externas, urge impulsar las exportaciones latinoamericanas para acopiar las divisas que se requieren a fin de cumplir con el pago de las deudas y para importar los bienes de producción que se requieren.

Lo que no dicen los neoliberales es que detrás del planteamiento del fomento a las exportaciones está el interés del capital transnacional deseoso de aprovechar, recursos naturales y mano de obra barata latinoamericana y con una relativa mayor calificación que en otros países del Tercer Mundo, para que las subsidiarias del capital transnacional ubicadas en los países latinoamericanos puedan exportar hacia otras partes del mundo, para avanzar en su proceso de integración transnacional. Esos recursos naturales, esa mano de obra barata que tiene los países latinoamericanos —nos siguen diciendo los neoliberales— se encuentran parcialmente utilizadas, mal manejadas por capitales privados y estatales latinoamericanos, cuya mira ha sido y es estrecha pues sólo han logrado una industrialización para el mercado interno a lo largo de décadas a base de protección estatal completa, ineficaz e inútil —y agregan— el resultado de esa política aplicada por décadas se ha expresado en crear una industria obsoleta,

infantil, incapaz de caminar por sus propios pies.

Los neoliberales en su afán de poner como factor supremo de su planteamiento doctrinario a la eficacia, justifican el que todas esas formas de organizar la producción deben ser eliminadas. El capital transnacional necesita esa mano de obra y esos vastos recursos naturales, hoy en manos de supuestos ineptos, para avanzar repetimos, en la integración transnacional de todo el capitalismo.

No debemos perder de vista que el capital transnacional tiene una concepción estratégica global en donde los países con sus recursos naturales y su fuerza de trabajo forman parte de esa estrategia. Es decir, se concibe establecer en tal o cual país, inversiones que a nivel global se interconecten, se complementen y articulen, por ello se oponen a que en los países latinoamericanos se siga la política de industrialización sobre la base de sustitución de importaciones e insisten en el fomento de las exportaciones y que haya un libre movi-

miento de mercancías y capitales.

El capital transnacional trata de reordenar la producción y la acumulación de su propio beneficio a costa de los otros capitales, trata de salir así de la crisis actual, de ampliar en una escala sin precedentes la división internacional del trabajo incluyendo ahora el espacio extraterrestre.

9. Desde un punto de vista filosófico el neoliberalismo es una expresión renovada del más extremo individualismo poniéndose como factotum la competencia y la agresividad de unos contra otros. No hay consideración respecto al carácter social de los seres humanos. La eficacia debe estar por encima de todo valor. Sólo debe sobrevivir el más fuerte y eficaz: quien posea más tecnología y más capital.

Con estos planteamientos existe una relación de parentesco entre el fascismo y el neoliberalismo, cuando el primero plantea el derecho de los fuertes para reorganizar el mundo, los demás no cuentan. Los ideólogos del fascismo también hablaban de la necesidad de ampliar su espacio vital, de sacar de los países victimados, los recursos naturales y poner a su servicio la fuerza de trabajo barata. Hoy no se habla de una raza superior como lo hacían los ideólogos del fascismo, pero sí se plantea la necesidad de reordenar al mundo por los más fuertes.

Las relaciones de parentesco entre el fascismo y el neoliberalismo no sólo se encuentran en algunos planteamientos doctrinarios, sino que el fascismo se originó como una justificación ideológica de las fracciones más fuertes y agresivas del capital europeo, sobre todo el alemán, como lo fue en la década de los treinta, y ahora el neoliberalismo es enarbolado también por las fracciones más fuertes pero del capital transnacional norteamericano.

Reflexiones finales.

Las relaciones entre Estados Unidos y América Latina abarcan un complejo número de factores que en esta oportunidad no hemos abordado, sin embargo, consideramos que en la época actual de crisis, las confrontaciones entre las fracciones más fuertes del capital norteamericano y las más débiles del capital latinoamericano constituyen elementos esenciales para comprender aspectos totales de la situación actual y futura entre América Latina y los Estados Unidos.

El proceso de estrangulamiento-sometimiento a que está sujeto el capital latinoamericano por parte del capital transnacional sobre todo de EU no se queda simplemente como un problema de enfrentamiento desigual entre propietarios de capital. Va mucho más allá al afectar toda la vida económica y social de los países latinoamericanos y por supuesto daña severamente a los sectores más empobrecidos.

Todo se encamina al desmantelamiento de buena parte del capital productivo: tipos de cambio en constante deterioro y por ende mayores dificultades para importar equipos e instrumentos, escasez de crédito para ampliar la planta productiva, baja de barreras arancelarias y competencia desigual por la entrada crecientemente indiscriminada de mercaderías extranjeras, dificultades crecientes para acelerar exportaciones de productos industriales al enfrentarse a mercados altamente competidos y ya dominados por las fracciones más poderosas del capital transnacional. Bajas en los precios de las materias primas de exportación de los países latinoamericanos y por supuesto enflaquecimiento y debilitamiento de las finanzas gubernamentales para hacer frente a sus programas. Y sobre todo por la prioridad en el

pago de los intereses de las deudas externas, que ha logrado imponer el capital financiero internacional para que al margen de las penalidades de las economías latinoamericanas se paguen religiosamente los intereses, aún a costa de provocar una profunda recesión.

Al afectarse a la planta productiva, se aceleran las quiebras de capitales y su concomitante efecto de despido de trabajadores y baja de salarios, con el agravante de que muchos problemas económicos y sociales ya existentes se agrandan a consecuencia del subdesarrollo típico de nuestros países. Todo ello es el caldo de cultivo de la inestabilidad social y política.

Como testimonio histórico están los efectos devastadores que han provocado la crisis y las políticas neoliberales en Chile, Argentina, Uruguay y Brasil para poner los ejemplos más dramáticos, pero que ya ocurren en toda América Latina.

¿Cómo hacer frente a toda esta situación? La respuesta a esta pregunta decisiva no es fácil de discernir, tiene que lograrse con la contribución de muchos estudiosos, sin embargo, ya hay elementos para avanzar en lo que consideramos una dirección correcta y que en diversos momentos y países latinoamericanos se han dado, en el sentido de impulsar la cooperación Sur-Sur, de dar pasos efectivos en la integración económica de América Latina, de fomentar más los acuerdos de cooperación entre los países latinoamericanos y, sin detrimento de lo anterior, impulsar políticas nacionalistas de desarrollo industrial, de protección y fomento a la planta productiva, de impedir la fuga de capitales y de luchar para poner por delante los intereses de los pueblos latinoamericanos por encima de cualquier otro tipo de intereses del capital transnacional.